

# Cuentos del domingo

SEPTIEMBRE 4 DE 1898

## 4,001

SE había tirado la lotería provincial de Puerto Rico; era sorteo extraordinario de noche buena, y el premio gordo representaba la bicoca de cincuenta mil pesos. Pegadas sobre tablas estaban dos listas; una á un costado de la puerta y otra en la esquina S. O. del palacio de la Diputación, edificio separado del de la Tesorería por una estrecha calle.

Las ocho daban en Catedral y el Cabildo; poca gente frecuentaba por la plaza de armas y alguno que otro en los establecimientos que la circuyen. Un joven confrontaba sus billetes en la lista de la esquina é iba rompiéndolos á medida que adquiría la convicción de que la suerte le negaba sus favores y el centinela del Tesoro iba y venía de la puerta á la esquina.

A su lado pasó una hermosa y joven negra llevando en la mano un billete de lotería que acababa de sacar de una cartera y desdoblaba cuidadosamente. Sería usted tan amable, dijo al que confrontaba, que me viese este billetito. . . . . Un minuto después el confrontador le dijo: No ha sacado nada y se disponía á entregarle el último de sus billetes, reservando para sí el de la negra que era ni más ni menos que el 4.001; pero como advirtiese que el centinela le observaba atentamente desde la esquina, fin del trayecto que recorría, y juzgara por otra parte que el poco ancho de la calle bien permitía al soldado ver el número y el cambio infame que proyectaba, agregó: podemos verlo, sin embargo, en la lista que está allá en la puerta. Vuelta, en llegando, á un nuevo supuesto exámen, el cual no fué más favorable aunque sí más corto según era la prisa que se daba por separarse de la negra. Vivamente emocionado entró al saguán de la Diputación. Su conciencia, soliviantada, le gritaba: infame, villano, ladrón, y los pies entorpecidos le negaban rapidez en la marcha.

Comprendía el soldado centinela la inmensa responsabilidad que pesaría sobre él si abandonaba su puesto. Aquel mismo día terminaba su compromiso; su pueblo, su madre, su novia, todos estos gratos recuerdos pasaron en un instante por su cabeza desvanecida ya; pero allí, en su propia cara, se estaba cometiendo un crimen con una infeliz que á fuerza de trabajo y privaciones había reunido el precio de aquel billete, y un español en todo tiem-

po y lugar debe ser quijote y desfacer un entuerto. . . . . Adiós, patria; adiós, madre; adiós, novia; adiós mis más caras afeciones. Esto diciendo recorrió en un momento el trayecto que le separaba del saguán de la Diputación por donde el escamoteador había desaparecido y cerrándole el paso le ordenó devolver el billete á la negra, devolución á que no se opuso el sorprendido infraganti. Con todo, la indignación del soldado exigía algo más para satisfacción suya y sendo culatazo dió en tierra con la humanidad del delincuente. Huelgan detalles respecto del mayúsculo escándalo que allí sobrevino.

Bien vengas, mal, si vienes solo. El jefe de día había, mientras tanto, penetrado al cuerpo de guardia sin que hubiese precedido la voz de ordenanza. Por razón del tumulto que había en el local inmediato y á la entrada del jefe dicho, la guardia debió estar formada y no lo estaba.— Como resultado de todo esto dos horas más tarde corría su curso un proceso militar.

Ocho días después en la orden general se leía lo siguiente: "mañana celebrará consejo de guerra el batallón fijo de artillería para ver y fallar proceso instruído contra el artillero de la primera compañía N., por el delito de abandono de su puesto estando de centinela," etc.

Á la hora anunciada del siguiente día, jefes y oficiales de gala, según es la usanza española, estaban reunidos en el local de la Escuela; numerosa oficialidad franca de servicio y los caballeros cadetes ocupaban los corredores adyacentes, y casi todos los abogados de la ciudad consiguieron entrada para asistir á tan interesante consejo, en que librarían lucha la ley y la conciencia. A un golpe de timbre del jefe presidente, el oficial abandonado comenzó la lectura del proceso. Un Teniente del cuerpo hizo la defensa. ¡Qué elocuente estuvo! La moral, la utilidad, la defensa, el sentimentalismo, la convención, todas las doctrinas, todas las escuelas, todos los principios y todas las teorías, entraron en ella. . . . . Luego la votación y vuelto el procesado á la sala, el secretario leyó: . . . "El consejo os condena á sufrir la pena de cadena perpétua." A espaldas de aquel apiñado concurso resonó un golpe sobre el pavimento. Nadie hizo alto al incidente aquel, según estaban de preocupados. Uno sólo, el artillero á quien la sentencia afecta-

ba, permanecía tranquilo y sereno, radiante, si se quiere, como el Arcángel después de la expulsión de Luzbel y fue también el único á quien el incidente del golpe conmovió visiblemente. ¡Ella! dijo y se dirigió al lugar donde el golpe resonara. Allí estaba la negra, presa de un cóncope producido por la lectura del veredicto cuyos fundamentos no podía explicarse juzgando solamente como juzgaba, por la justicia moral, sentimiento que á todos asiste.

Así terminó la sesión aquella, sin olvidar que se interpuso y admitió la apelación, la cual, vista, dió como resultado final la reducción de la pena á diez años y un día de precidio.

Dos meses más tarde, en una mañana del mes chiquito, quien pasara por el cuartel de San Francisco podría creerse en presencia de una tumba, á juzgar por el silencio; ó de un jardín de estatuas movibles, viendo á los individuos ir y venir sin pronunciar palabra; era el día designado para conducir al rematado. A las nueve, una escolta de doce números al mando de un Sargento salía á la plaza, llevando al reo. En el camino no se oía otra cosa que maldecir de los militares y su justicia, del gobierno y sus actos.

Ya en la puerta de España las cosas tomaron otro carácter: gente del pueblo en apiñada unión, congregados allí por el mismo sentimiento, interceptaban la vía.

Paso! gritó el jefe de la escolta, y el pueblo se hizo más compacto.

—¡Preparen, armas! ordenó á sus soldados; la distancia entonces disminuyó, escolta y amotinados se confundieron.

Este conflicto lo conjuró el artillero; paso! dijo. Uno de los amotinados se expresó así: lejos de merecer el presidio sois por el contrario digno de la curul judicial del reino.

—He defendido á la inocencia agredida por la malicia, he administrado justicia ¿verdad?

—Si, sí gritó en coro el pueblo.

—La ley me condena porque abandoné mis obligaciones; la ley no castiga el fin, que es santo, castiga el medio que es punible: sea cumplida la ley. Yo represento por una extraña anomalía, la justicia castigada por su sinónima la ley. ¡Viva la justicia! la ley.

—Viva, contestó el público.

—Paso á la justicia; y el pueblo amotinado rebajó su enojo, dando el paso solicitado y por lo bajo balbuciendo aquellas palabras que no entendía: ley, justicia, fin santo, medio punible.

A espaldas del grupo resonó un cañonazo; el vapor correo Alfonso XII largaba ancla en la bahía. Una chispa de inspira-

ción profética prendió en aquellos cerebros; el indulto, gritaron, el indulto!

\* \* \*

Cinco minutos después, el artillero daba su último adiós al mundo moral, con la conciencia tranquila, eso sí, iba á trasponer el umbral de la penitenciaría, para sepultarse vivo en la tumba de los malos, confundir su suerte con empedernidos criminales, vivir en noche umbría su virtud junto al crimen y en suma abdicar de los placeres que había soñado. Completaban aquella terrible escena los gritos lastimeros de la causante de su daño, la negra que hasta allí le había seguido. Al pasar la reja leyó esta inscripción: "Odia el delito, compadece al delincuente." Esto no habla conmigo, dijo para sí.

El traje azul del cuartel fue sustituido por el aplomado del presidio, en cuyas marcas se leía 4001. Era este el número que le correspondía en los registros del establecimiento, el número fatal que allí lo condujo.

A la primera vuelta por la celda tropezó su vista con una hoja de papel, fragmento de un libro, en la cual hoja se leía: "Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia porque ellos serán hartos." Pensando estaba si tan bella y alentadora prosa sería verdad, cuando la reja rechinó sobre sus goznes y el carcelero gritaba: el 4001 libre; el indulto había llegado como el pueblo lo anunció.

El pueblo lo esperaba en triunfo y le rendía homenaje. A un cafetín, situado enfrente del presidio se dirigió el festival concurso. Aquella alegría fue fugaz; la negra estaba allí tendida en un lecho preparado al efecto.— Un médico le prodigaba sus cuidados sin lograr mucho de favorable en su estado. El indultado se aproximó al lecho, tomó una mano de la paciente y la dijo:— ¡libre, libre, libre como el aire, libre como el pez, libre soy! Esto dicho con un acento especial, casi alegre y casi triste, ternísimo, eso sí, produjo en el ánimo de la negra el efecto de enérgico cordial. Lentamente abrió sus hermosos ojos mientras balbuceaba las palabras ¡libre! ¡libre!

Repuesta un tanto del paroxismo que la puso al bordé de la tumba, dijo con aire de infinita tristeza: tuyo es el dinero que he sacado; dinero y libertad ofrecí por la tuya, no puedo ofrecerte otra cosa y lanzó profundo suspiro al advertir la diferencia de color que existía entre las dos manos enlazadas. Gruesas lágrimas rodaron de los ojos del veterano en cuyo rostro se podía adivinar que le asediaba algún recuerdo.

Un nuevo personaje, desapercibido hasta entonces, terció en la escena: una señora vestida de

riguroso luto puso la mano sobre el hombro del soldado; éste se volvió y cayó en sus brazos, exclamando: ¡madre, madre!

—María se casó hace un mes, fué el saludo de la madre, que había adivinado lo que pasaba en el corazón de su hijo.

—¿Das tu consentimiento madre?

—De todo corazón, consiento. No aspiro á tu dinero, dijo volviendo á la negra, quiero poseer la mano negra que te hace suspirar.

Al siguiente día, un sacerdote unía con su bendición nupcial dos corazones que una sigular peripecia había aproximado, peripecia que á la vez rellenó el surco profundo que existe entre las dos razas.

LEONCIO N. BELLO.

## EL PERFECTO EMPLEADO

No teman nuestros lectores: no vamos á parodiar al autor de "la Perfecta casada" sino que por vía de caridad evangélica vamos á sacar de su modesta oscuridad un tipo, un héroe ignorado hasta hoy y metido dentro de la piel de un portero del Ministerio de. . . . La Paz.

Figuraos un hombre medio calvo y medio jorobado, no muy acostumbrado al *saco* que hace poco trocó por la modesta y cómoda *chaqueta* y que tiene un haber de \$ 40-00 como *portero* de Ministerio.

Siempre he oído decir que bajo una mala capa se oculta un buen bebedor, pues bien, bajo un *saco* de estrecheces desesperantes se oculta un perfecto empleado.

Sus obligaciones eran sencillísimas: á las ocho de la mañana barría la oficina, limpiaba la butaca del Ministro, rellenaba los linteros, iba á la oficina de correos á traer la correspondencia y luego bostezaba, sentado, hasta las diez. A esa hora dejaba su asiento, pasaba haciendo una reverencia delante del sillón ministerial, vacío, y se echaba á la calle con andar lento, la vista baja y pidiendo á su ángel de guarda le evitase un tropiezo con alguno de la oposición.

El buen empleado pasaba á almorzar, se enteraba en casa del Ministro si á su señora hacía falta algo ó si había tenido pesadillas durante la noche, y antes de las once ya estaba ahí otra vez haciendo centinela para marchar á la oficina tras el señor Ministro, no fuera cosa que le sucediese un percance.

El día 24 de Octubre era un verdadero suceso para nuestro portero, pues el Je-